

¿POR QUÉ SIGO SIENDO CATÓLICA?

PRESENTACIÓN DE LA AUTORA

Margarita García Mora nació en Guadalajara, Jalisco, el 24 de octubre de 1968, con la intuición propia de los nacidos bajo el signo de escorpio y entre dos hermanas mayores y una menor, todas en cuadros de honor, por lo que conoció desde pequeña sus límites y se sintió impulsada a ser mejor para que no le comieran el mandado, proceso por el cual desarrolló una sensibilidad a flor de piel, aunada a la ya concedida por ser niña sándwich.

De la relación con una madre feminista, quien a causa de su educación dejaba chorrear algo de machismo, y de un padre macho-inteligente que por amor a sus hijas se volvió feminista —aunque sin soltar sus privilegios—, heredó una fuerte tendencia en favor de las mujeres y en contra de las prerrogativas exclusivas de los hombres, y tiene la firme ilusión de contribuir a la formación de un mundo más equilibrado.

Algunas de sus pasiones son conocer y entenderse a sí misma, el comportamiento humano y lo que se cuenta de Dios por esta tierra nuestra de cada día. Agradece profundamente a Dios, de entre todo lo que le ha brindado para desarrollar estas pasiones, su fe inquisidora, su familia, su hijo con su corta vida, su maestría en Desarrollo Humano, el gusto por la lectura, y el vivir en una época donde hay televisión a colores con programas culturales, amplia difusión de libros, y donde una mujer puede vivir sola sin levantar tantas sospechas.

Ahora que ha conocido en carne propia lo que es la suerte de principiante al obtener el premio DEMAC, le gustaría seguir escribiendo, con la esperanza de causar tanto placer y reflexión en alguien como la lectura ha causado en ella.

¿Por qué sigo siendo católica? es un viaje reflexivo a través de la vida de la autora, donde busca el sentido del aparente sinsentido de pertenecer a una Iglesia católica decadente por sus prácticas de ejercicio del poder, alejamiento de los pobres, adquisición de riquezas y por la distancia descomunal que ha establecido con el pueblo de Dios, al negarse a ver las necesidades de una realidad que sobrepasa su concepción de una feligresía ignorante, infantil y sometida, a la que puede seguir apabullando con preceptos anacrónicos y machistas, y en el cual las mujeres siguen siendo la llaga en el costado del cuerpo místico de Cristo. Son ellas a quienes, a pesar de estar cercanas al corazón de Jesús, de hacer brotar la gracia, y de las innumerables muestras de su madurez, la jerarquía católica sigue considerando como sujetos inferiores al negarles la autoridad moral para decidir y la posibilidad de ejercer el sacerdocio.

A pesar de todo esto, *la discípula de Jesús* logra reconocer dentro de la Iglesia la presencia de Dios, que sigue invitándonos a esforzarnos para que los hombres y las mujeres de nuestro tiempo sean acogidos con igual dignidad dentro de su reino.

¿POR QUÉ
SIGO SIENDO CATÓLICA?

Margarita García Mora

Respondo a esta pregunta desde lo que he sido, desde lo que he ido construyendo a lo largo de todos estos años, desde mis sueños de llegar a ser.

A pesar —a mi muy grande pesar como católica— de todas las manipulaciones, engaños, tergiversaciones, guerras sangrientas para consolidar el poder, torturas infligidas a los herejes e interpretaciones de las escrituras a favor de los hombres, sólo por mencionar algunas de las faltas en que han incurrido las élites de poder de la Iglesia católica, sigo siendo católica porque fue la religión que aprendí en mi familia de origen.

Fueron sus enseñanzas y la vivencia de cómo las entendieron mis padres las que me arroparon, las que me infundieron valores, las que me enseñaron a discernir entre lo bien hecho y lo malhecho, y a optar por lo bien hecho, o al menos por lo mejor que se pudiera hacer; las que me dieron la fuerza para vencer algunos de mis miedos; las que me sostuvieron en mis pequeñas luchas sobre lo que creía que era injusto para tratar de remediarlo.

También fueron —¿cómo ignorarlo?— el origen de mis complejos de culpa, de mis tabúes sexuales, de mis miedos al diablo, de mi casi heroica resistencia pacífica ante las manipulaciones, chantajes y maltratos psicológicos de una amorosa y herida madre que, muchas veces, olvidó ponerse el guante de seda al educar con mano de hierro. Sin esas enseñanzas,

probablemente hubiera puesto en su lugar a mi mamá, me hubiera independizado antes y con menos culpa.

De la Iglesia católica aprendí su arraigada concepción de pecado, que muy seguramente estuvo en el fondo de mi vergüenza cuando me convertí en madre soltera.

Aprendí que los buenos tenían recompensa y que Dios los oía más que a los malos, y que éstos, tarde que temprano, recibían el castigo por sus faltas; supe que Dios hacía milagros si le pedías con mucha fe, con la suficiente como para tragarme durante nueve días una pequeña estampita de papel de China con la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro, para que me hiciera el milagro de que mi hijo, quien fue diagnosticado durante la gestación con higromas quísticos, fuera sanado. Por eso perdí la fe cuando mi hijo de tres meses tres semanas murió y no fui capaz de responderme por qué Dios no había escuchado mi petición de sanar a mi hijo, si yo podía considerarme una buena persona. ¿Por qué no se había apiadado de mi hijito? Así de inmadura fue mi fe.

En la iglesia que permea la sociedad donde crecí, conocí algunas “verdades”, como que la virgen que abandera una patria es la verdadera; que los católicos eran los buenos y los no católicos, los malos; que Jesús había sido muy inteligente al escoger sólo hombres para el sacerdocio, porque las mujeres, dadas al chismorreo, no sabemos guardar secretos y, entonces, la confesión sería imposible.

La imagen de un Dios justiciero, todopoderoso hasta el extremo de hacer parir a una virgen, más interesado en las leyes y en su voluntad que en las personas, de manera que quiso que su propio hijo muriera, de modo sanguinario e ignominioso, para salvarnos a nosotros, la aprendí y la practiqué en la Iglesia católica, al mismo tiempo que a un Jesús mágico que multiplicaba los panes y curaba con sólo tocar.

Sin embargo, junto con estas concepciones negativas, pues el trigo y la cizaña crecen juntos,¹ también fue a través de esta iglesia como tuve mi primer contacto con lo divino, con Dios, con lo trascendente; con ese hombre con corazón de dama, Jesús, que pasó su vida amando y haciendo todo el bien que le fue posible hacer, incluso a la hora de su muerte.

En ella y por ella fue que conocí la misericordia que predicaba Jesús, su amor por los pobres, los débiles, los marginados; la importancia de convertir la fe en obras; la necesidad y la belleza de compartir lo que somos con los demás. Conocí la historia de hombres y mujeres de todo el mundo, de todos los tiempos, religiosos y laicos, que entregaron su vida en favor de los demás, sin privilegio alguno, a semejanza de Jesús y siguiendo su mandato de amor.

Fue en ella, lo recuerdo bien, donde a mis doce años escuché a un joven misionero guadalupano que dijo: “Benditos protestantes que vinieron a despertar a la Iglesia católica”. Para mí, esta pequeña frase abrió mi conocimiento sobre la existencia de otros, dentro de la misma Iglesia católica, que pensaban de una manera más hermosa, menos estigmatizante, más adecuada al verdadero Jesús que yo imaginaba aun sin conocerlo a profundidad.

El tiempo transcurrido de mi existencia, con su pasado, con las experiencias vividas en altas y bajas, me permitió confrontar poco a poco la realidad con las ideas aprendidas y ver que muchas de ellas sucumbían ante los hechos, con lo que pude ir dejando atrás muchas de las concepciones negativas de la religiosidad y quedarme con las buenas, con las que me sirvieron para seguir creciendo.

Esto, aunado al don de cuestionar las cosas, de tener desde pequeña un sinnúmero de dudas que siempre tuve interés en

¹ Mt 13, 24-30.

resolver —después de superado el complejo de culpa por ser una rebelde descreída—, me llevó a buscar explicaciones para encontrar la verdad.

Paradójicamente, dentro la Iglesia católica encontré mi muerte y mi resurrección.

La cristología y eclesiología aprendidas en un diplomado en teología, que realicé con jesuitas y laicos formados en la espiritualidad ignaciana, me han permitido conocer a un Jesús tan humano que nos muestra su divinidad, despojado de la publicidad de los milagros; amante de las mujeres y conmovido por las circunstancias de vida en que el machismo de su entorno las sumía; más preocupado por la persona completa que por sus genitales y lo que haga con ellos; un Jesús con un amor a prueba de adulterios, de distancias, de corrupciones, de elitismos, de ortodoxias.

Un Jesús que estiró sus brazos para abrazarnos y acogernos a todos, sin distinción alguna de raza, sexo, religión, estatus social, preferencias sexuales, obras u omisiones, para acercarnos a un Dios Madre-Padre amoroso y que todos pudiéramos vivirnos como sus hijos, con las prerrogativas y deberes que implica esta filiación. Un Jesús que incluso dejó sus brazos clavados en la cruz, no para que fuera el distintivo de los cristianos —Él nos dijo que nos conocerían porque nos amamos los unos a los otros—, sino para que no olvidáramos que sus brazos jamás y por ningún motivo se cerrarían para ninguno que se acercara a Él.

Sé que la orden de los jesuitas, en diferentes momentos de la historia, también ha servido para consolidar la Iglesia católica de la cual nos quejamos ahora, llena de poder, machismo, excesos y corrupción, y que entre sus filas también hay curas que no llevan con dignidad su sacerdocio, a los cuales nada disculpo. No obstante, ha sido de las órdenes religiosas que han tenido la capacidad de renovarse desde su

interior y de abrirse más, aunque no sin dificultad, a los signos de los tiempos, y ha ayudado a otros tantos, como a mí, a tener una fe más madura que lleva, entre otras cosas, a ejercer el derecho de conciencia.

Así pues, a pesar de sus muchos defectos, para mí los jesuitas fueron el medio de que se valió Dios para acercarme a Él, después de que superé el ateísmo en que me sumió la muerte de mi hijo.

¿Cómo podría dejar de ser católica si es la religión que traigo tatuada en la médula de los huesos y en el inconsciente? ¿Cómo no ser católica si aquí mismo ha sido salvada mi concepción y mi experiencia religiosa? ¿Cómo cambiar de religión si en la misma Iglesia católica ha nacido mi esperanza de caminar junto con otros hacia una religión más parecida a la primeras comunidades cristianas, aunque eso implique un descenso en la cantidad de seguidores?

Aunque cambiar de religión implicara gozar de los derechos que como mujer me ha negado la Iglesia católica, creo que el cambio me desgarraría como persona, puesto que es parte del tejido de mi ser; es base de lo que soy, de mi existencia, de mi esperanza. Dividida y muerta, de muy poco me servirían los derechos.

¿QUÉ ME MANTIENE EN LA IGLESIA?

No es sólo la experiencia de resurrección vivida ni el que haya sido parte de mi formación, sino la firme creencia de que es la Iglesia que proviene de los que estuvieron más cercanos a Jesús, aunque Él mismo no haya vislumbrado crear ninguna religión, y mucho menos la existencia de una iglesia tal y como la conocemos hoy: poderosa, rica, vertical, sometedora, machista, excluyente.

No puedo concebir que una Iglesia que ha cometido tantos, tan variados y tan graves errores siga existiendo después de más de dos mil años. Creo, en verdad, que la *Ruah* ha estado presente en ella, por supuesto no en los abusos de la jerarquía, sino sosteniendo al pueblo y permitiendo que éste tenga, a través de los avatares de la vida cotidiana, una visión del resucitado más amplia, más humana y más trascendente que la que le ha presentado la Iglesia.

Aun a riesgo de parecer hereje, creo que la *Ruah* también ha estado en esa desobediencia del mismo pueblo ante dogmas anacrónicos y mandatos difíciles de sostener por estar fuera de la realidad, e incluso en el abandono de marejadas de católicos, que dejan la iglesia por predicar posturas asfixiantes. Estas ausencias han confrontado a la Iglesia en su quehacer y, por otra parte, han servido de criba para muchos creyentes sólo de palabra. Tal vez los que han abandonado la Iglesia sean los Luteros de nuestra época.

Entonces cabría preguntarse: ¿por qué si la Iglesia ha estado asistida por el Espíritu Santo no parece transformarse en algo mejor?

Pienso que Dios, Madre-Padre amoroso, interesado como todo buen progenitor en que sus hijos solucionen sus propios problemas para que maduren y se vuelvan independientes, no destruiría a la Iglesia —por muy mal que haya estado y que estuviera— con un rayo aniquilador, a la usanza de Zeus, sino que ha ido permitiendo que el Reino crezca como la hierba del campo, sin que nadie tome conciencia de cómo va sucediendo,² y ha alentado a diferentes personas e instituciones de buena voluntad para que, al luchar por la justicia y los demás valores del Evangelio, en cualquier ámbito de la humanidad, sean los profetas modernos que difundan la buena nueva.

² Mc 4, 26-34.

Gracias a estas católicas y católicos que viven su fe en alianza con el espíritu de Jesús, sigo viendo a la Iglesia católica como representación de Cristo en la tierra. Pero hay algo más: sigo en la Iglesia porque soy mujer. Las mujeres encarnamos la feminidad de Dios, ésa que vino a recalcar Jesús en un mundo donde la mujer, junto con los niños, eran considerados nada.

Esta feminidad nos hace amantes incondicionales, acogedoras, intuitivas, atentas a los signos de los tiempos; capaces de amasar en las actividades diarias, aun en las más humildes y monótonas, el fermento de la buena nueva de Jesús, que se convierte en pan de vida en lo cotidiano. Sobre todo, somos fieles hasta la cruz: luchar por las causas que parecen perdidas, estar en el lecho del hijo enfermo o moribundo, acompañar a los reclusos en las cárceles físicas o mentales, alentar a los fracasados y conmovernos con las necesidades ajenas es lo nuestro.

La Iglesia es madre y maestra,³ pero en la actualidad y desde hace muchos años es una madre enferma, en terapia intensiva, cuyas enseñanzas no llegan a los oídos de las personas, no tocan el corazón de sus hijos e hijas. Esta madre necesita de manos firmes, amorosas y sabias que le ayuden a recuperar su salud.

¿NO SERÁN ESAS MANOS LAS DE LAS MUJERES?

Permanezco en la Iglesia católica porque creo, como mujer, que no es el momento de abandonarla, sino de poner a su servicio lo que soy y lo que tengo, desde mi trinchera, para hacer de la Iglesia lo que Jesús hubiera querido que fuera.

³ Título de la carta encíclica de Juan XXIII: *Mater et Magistra*.

Aunque muchos todavía no lo quieran ver, la mujer ha tenido un papel protagónico en la historia de la humanidad y de la Iglesia, a pesar de que los hombres se hayan empeñado en borrarlo o en darle interpretaciones que sirven de marco al protagonismo masculino.

Jesús se encarnó en una mujer;⁴ las mujeres lo siguieron y lo apoyaron con sus bienes durante su vida pública;⁵ permanecieron al lado de la cruz⁶ cuando sus apóstoles, hombres, lo abandonaron.⁷ Fueron ellas, con María, la madre de Jesús a la cabeza, las primeras capaces de “mirar” y entender a Jesús resucitado, y las que se lanzaron a dar testimonio,⁸ aunque por obvias razones esto no haya tenido la debida relevancia dentro de los escritos sagrados.

Las mujeres, a través de los tiempos, han seguido difundiendo el evangelio al enseñar a sus hijos las primeras oraciones; han alentado las vocaciones religiosas; han sostenido a sacerdotes en formación y han abierto sus casas para brindarles asilo cuando su misión así lo requiere. Son las que actualmente asisten a las iglesias a continuar la prédica de los curas y a apoyar sus ocurrencias, para bien o para mal; las que siguen bordando los manteles de los altares, cocinando las hostias y limpiando los enseres de la misa.

Mujeres, religiosas y laicas, son las que en muchos lugares del mundo católico, donde los curas no pueden o no quieren llegar, están ahí, presidiendo las paraliturgias para llevar al pueblo la semilla de la palabra que se deposita en los fértiles campos de la pobreza.

⁴ Ga 4, 4-5.

⁵ Lc 8, 1-2.

⁶ Mt 27, 55.

⁷ Mt 26, 56.

⁸ Mc 16, 1-8.

Son muchas las mujeres religiosas que se esfuerzan en vivir el Evangelio mediante la ejecución de las tareas más simples, monótonas y ordinarias, como lo son las domésticas, en las casas de comunidades religiosas varoniles, para que los sacerdotes tengan el honroso papel de estudiar, predicar y pastorear al rebaño.

Otras congregaciones femeninas se esfuerzan por estudiar y prepararse a pesar de tener que llevar a cuestras su propio trabajo doméstico junto con el apostolado. En ellas no es bien visto que pidan ayuda para las labores de casa, ya que son mujeres y saben hacer esas tareas, además de que muchas veces no cuentan con recursos económicos suficientes para tener sirvientas.

Algunas otras religiosas han abandonado congregaciones que, siguiendo un evangelio mal entendido, resultan degradantes y hostiles para las mujeres, y han continuado su vida, bajo protesta silenciosa, sirviendo a Jesús y trabajando por el Reino.

Son las teólogas modernas las que están escribiendo con frescura sobre el Evangelio, aportando visiones femeninas de la palabra que nunca antes se habían considerado.

Son las mujeres laicas las que se han ido abriendo paso en las sociedades machistas y a pesar de ellas, para ir ganando derechos inherentes a la condición humana, pero negados por el simple hecho de ser mujer.

Son las mujeres las que se han atrevido a "pecar", siguiendo la rectoría de sus conciencias y al salirse del lugar que los hombres les han asignado; desobedeciendo "mandatos divinos" que van en contra de su salud o de su dignidad; atreviéndose a pisar terrenos de hombres, aunque ello les implique llevar a cuestras y al mismo tiempo el papel femenino y el masculino; denunciando todo tipo de violencias, aunque trasgredan el mal entendido mandato paulino de someterse a sus maridos.

Y, con esos “pecados”, las mujeres han ido cambiando la historia, y la han cambiado para bien en muchos sentidos.

Tal vez hoy, nuevamente, Dios nos esté pidiendo a las mujeres nuestro *sí* para encarnar una nueva Iglesia, y esto sólo es posible si permanecemos dentro de ella.

Creo que, aunado a esta petición, aparece como un signo de esperanza el pontificado de Jorge Mario Bergoglio, que a pesar de que no se ha pronunciado a favor del sacerdocio de las mujeres, ni les reconoce la autoridad moral para tomar decisiones, se ha atrevido a tocar algunos de los temas álgidos dentro de la Iglesia católica, como la corrupción, la pederastía, el celibato de los sacerdotes, y ha insistido en la vuelta a los orígenes en cuanto a la misericordia y la cercanía con los pobres.

Tal vez sólo sea cuestión de tiempo y de seguir en combate para que la Iglesia voltee a ver a las mujeres como iguales a los hombres en derechos y atienda sus necesidades.

Sabemos, porque ya lo hemos experimentado en cada una de las luchas emprendidas por y a favor de las mujeres, que la gestación de lo nuevo trae incomodidades, deformaciones, anchuras que requieren de mayores espacios, insomnios y necesidades; y en cada triunfo hemos confirmado que los dolores del parto son fuertes, que sigue habiendo espadas que atraviesan nuestros corazones,⁹ que con todo y miedo deberemos permanecer fieles ante la cruz, pero que al final habremos de parir algo mucho más difícil todavía que un hijo: conciencia, que es el punto fundamental de todo cambio, de cualquier mejora.

Con el nacimiento de esta conciencia, las mujeres no entramos en cuarentena tranquilas porque hemos logrado algo a nuestro favor, sino que volvemos a quedar preñadas por el

⁹ Lc 2, 35.

Espíritu que nos ha hecho cocreadoras con Él, para que cada niña o niño que parimos, cada conciencia que despertamos, salve a todos los integrantes de la humanidad, como lo hizo Jesús, pues ni duda cabe que cada lucha que han ganado las mujeres ha dado pie a logros que beneficiaron a otra parte de la población marginada y ha sido en favor hasta de los mismos hombres. Por ejemplo, en algunos países del mundo hoy se disfruta el derecho de los padres a pasar algunos días con sus hijos neonatos, con lo que, además de los beneficios para la mujer y el hijo, se reconoce la necesidad de los hombres de ejercer su derecho a una paternidad arraigada en una cercanía temprana y básica con sus hijos.

Aunque me pesa reconocerlo, presiento que muchas moriremos antes de poder disfrutar de los besos de estas nuevas conciencias en la Iglesia.

Si lograr que el derecho al voto de las mujeres norteamericanas fuera reconocido en 1920 por la Constitución de Estados Unidos, nación con trayectoria de liberalidad e innovación, tardó cincuenta y un años a partir de la consulta más antigua aprobada para el voto femenino en Wyoming en 1869,¹⁰ ¿cómo pretender que la Iglesia, que tiene un largo camino de misoginia, reconozca en poco tiempo la autoridad moral de las mujeres, la igualdad con los varones, respetando las diferencias? ¿Cómo pensar que le otorgará a la mujer el rango jerárquico que le podría corresponder dentro de la Iglesia, si el arma más fuerte que sigue esgrimiendo en contra es la autoridad de una tradición surgida dentro del patriarcado, alimentada y sostenida por varones, basada en que Jesús eligió a hombres y no a mujeres como apóstoles,

¹⁰ "Sufragismo y feminismo: la lucha por los derechos de la mujer 1789-1945. El auge del feminismo norteamericano", <<http://www.historiasiglo20.org/sufragismo/augefemusa.htm>>.

y en que el mismo hijo de Dios fue hombre y no mujer, con lo que habría dificultad para que el pueblo aceptara a las sacerdotisas, como imagen del Dios paterno que ha prevalecido durante tanto tiempo? Y, según la Iglesia, ¿quién podría oponerse a la sabiduría divina que así lo designó?

Detrás de los derechos de que hoy gozamos las mujeres, hubo generaciones de mujeres que lucharon sin disfrutar de los beneficios de sus luchas. No nos queda más que seguir trabajando.

Y Dios nos pide que este trabajo sea a la luz del Evangelio, siguiendo el Espíritu de Jesús que, amando a todos, se acercó especialmente a los débiles, a los ciegos, a los pobres, a los endemoniados que tenían miedo de la presencia de Dios, a los de carnes podridas, a los paralíticos, a los ortodoxos que se preocupaban por el camino y se olvidaban de la misericordia, y a los pecadores, a quienes nunca abandonó. No sólo se acercó, sino que permaneció entre ellos, y con ellos inauguró el Reino de Dios entre los hombres.

Creo que, en nuestra sociedad, la jerarquía constituida por sacerdotes y apadrinada por los laicos y laicas que están a favor del statu quo —sin importar a quién pisoteen, y que se oponen a ver también en la mujer la imagen de Dios vivo— son ciegos y sordos que se niegan a escuchar los reclamos por la justicia; son los paralizados de nuestro tiempo que no acaban de dar pasos firmes en favor de un cambio; son los fariseos que condenan los intentos sanadores de las mujeres, olvidando que la Iglesia se hizo para los hombres y las mujeres, y no las mujeres y los hombres para la Iglesia; son los que tienen miedo de perder la riqueza, el poder y el honor del que han gozado durante miles de años, ¿quién no tendría miedo de perder todo esto?!, y pactan con el maligno, que se empeña en fomentar la desigualdad, la separación, la injusticia; son los pecadores, a los que la misma enseñanza de

la Iglesia, siguiendo a Jesús, nos pide que acojamos a través de una de sus siete obras de caridad: “corregir al que yerra”.

En esta nueva gestación de una Iglesia, donde todos nos salvemos y lleguemos al conocimiento de la verdad,¹¹ pienso que Jesús permanece al lado de las mujeres, rezando para que no caigamos en la tentación de pretender llegar al reconocimiento de nuestros derechos aisladas de los varones, para luego pisotear nosotras los derechos de ellos, asumiendo la androginia como bandera. Para que no busquemos, con la soberbia bajo el brazo, iglesias donde nos den un protagonismo personal que apague la sed de justicia que hay en el fondo de todo sincero seguidor de Cristo, ni creemos iglesias de mujeres jerarcas por considerar que los hombres no nos merecen dentro de la Iglesia que ellos han construido a su favor.

Como universales que somos, las católicas no debemos darnos el lujo de despreciar a nadie ni de separarnos de nadie por equivocados que estén, mucho menos cuando ese abandono implica que la Iglesia siga atentando contra la universalidad al discriminar a las mujeres, como lo ha hecho hasta hoy, y apartándose del espíritu del Evangelio.

Ciertamente, la Iglesia católica con su cerrazón ante las realidades de nuestro mundo y ante el desconocimiento de ciertos derechos de las mujeres y de otros grupos a los que desacredita, nos ha llenado de escándalo, y lo primero que viene a la mente es apartarnos de ella como lo han hecho miles de católicos. Pero, tal vez, el Jesús que aún se hace presente en su Iglesia nos pregunte a las mujeres, como en otros tiempos a sus discípulos: “¿Acaso también ustedes quieren irse?”

Permanezco en la Iglesia porque soy católica por deseo y convicción. Jesús vino a traer fuego¹² a la tierra, Él mismo

¹¹ I Tim 2, 1-4.

¹² Lc 12, 49.

nos lo dijo, un fuego que purifica, que arrasa con lo viejo, con lo inservible; que permite crecer en terreno limpio nueva vida abundante para todas y todos; que llena de calor nuestros corazones para que acojamos a nuestra Iglesia y la transformemos en el árbol frondoso donde cualquier ave pueda hacer su nido,¹³ convirtiéndola así en símbolo verdadero del Reino de Dios.

Sé que siendo mujer, Dios ha depositado en mí una llama de ese fuego, y en mi deseo de una mejor Iglesia y con el compromiso de trabajar en su transformación, le respondo al Señor: “¿A quién iré si sólo tú tienes palabras de vida eterna?

¹³ Mt 13, 54-58.